

ASCENSO

Y

CAÍDA

DE

ADÁN

Y

EVA

CRÍTICA

ÍNDICE

Portada	
Sinopsis	
Frontispicio	
Portadilla	
Dedicatoria	
Prólogo. EN EL LUGAR DE CULTO	
Capítulo 1. HUESOS PELADOS	
Capítulo 2. JUNTO A LOS RÍOS DE BABILONIA	
Capítulo 3. TABLILLAS DE ARCILLA	
Capítulo 4. LA VIDA DE ADÁN Y EVA	
Capítulo 5. EN LAS TERMAS	
Capítulo 6. LIBERTAD ORIGINAL, PECADO ORIGINAL	
Capítulo 7. EL ASESINATO DE EVA	
Capítulo 8. ENCARNACIONES	
Capítulo 9. LA CASTIDAD Y SUS DESCONTENTOS	
Capítulo 10. LA POLÍTICA DEL PARAÍSO	
Capítulo 11. HECHOS REALIDAD	
Capítulo 12. LOS HOMBRES ANTES DE ADÁN	
Capítulo 13. EL DESMORONAMIENTO	
Capítulo 14. LAS DUDAS DE DARWIN	
Epílogo. EN LOS BOSQUES DEL EDÉN	
Apéndice 1. MUESTRA DE ALGUNAS INTERPRETACIONES	
Apéndice 2. MUESTRA DE ALGUNAS HISTORIAS DE LOS ORÍGENES	

Agradecimientos
Bibliografía seleccionada
Ilustraciones
Créditos de las ilustraciones
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



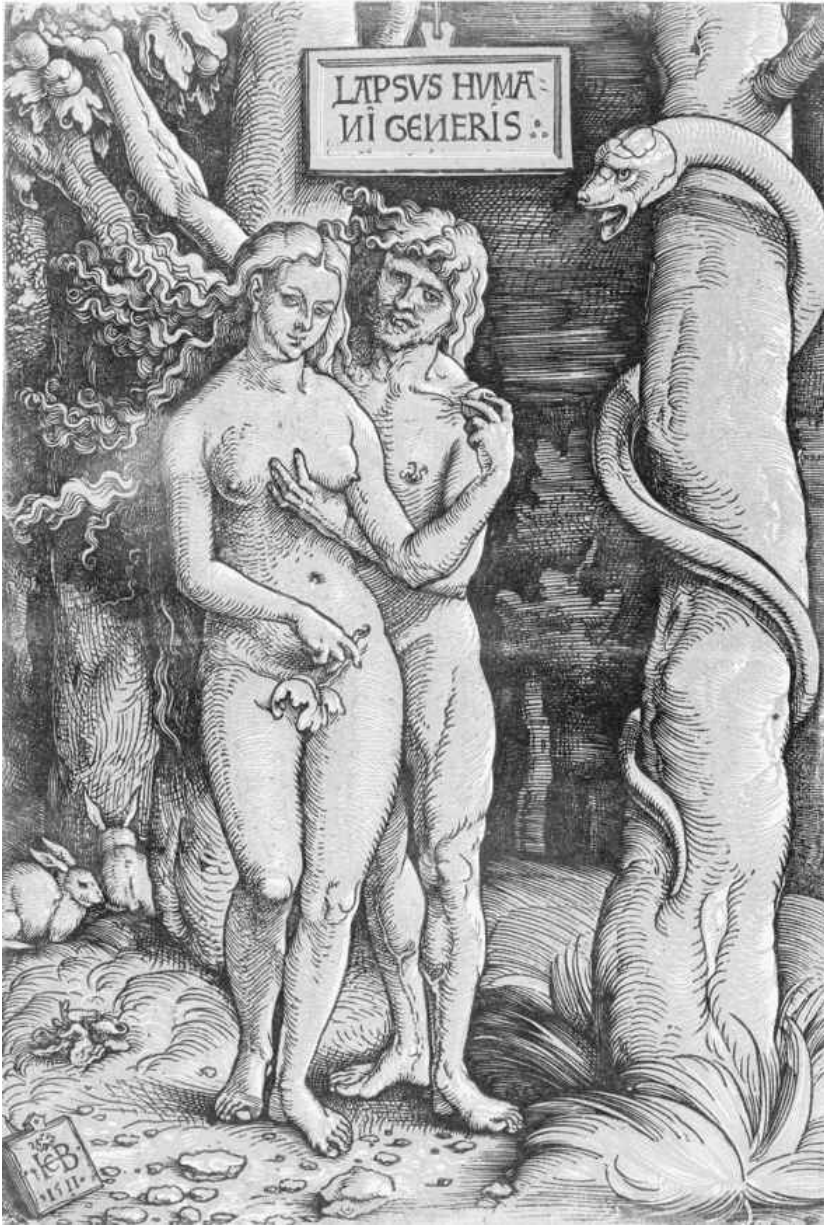
Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Stephen Greenblatt, autor de *El giro*, estudia en este libro la historia del relato bíblico de la creación de Adán y Eva, que ha marcado nuestras concepciones sobre el origen y destino de la especie humana. Nacido en Babilonia en la época del exilio del pueblo judío, e influido por los mitos de viejas religiones, el cristianismo convirtió el mito en un dogma y los artistas del Renacimiento lo encarnaron a semejanza de los hombres y mujeres de su tiempo. Este hilo conductor le sirve a Greenblatt para guiarnos en un fascinante recorrido por la historia de la cultura y de las creencias, desde el relato de la «Vida de Adán y Eva» descubierto en Nag Hammadi en 1945, pasando por San Agustín, por Milton o por las dudas de Darwin, hasta un presente en que, pese a los avances de la paleontología y de la biología evolutiva, millones de nuestros contemporáneos siguen considerándolo una verdad histórica.



Hans Baldung Grien, *La Caída de la humanidad (Lapsus Humani Generis)*, 1511, grabado, Rijksmuseum, Ámsterdam.

STEPHEN GREENBLATT

ASCENSO Y CAÍDA
DE ADÁN Y EVA

Traducción castellana de Juan Rabasseda

CRÍTICA
BARCELONA

Para Eden e Isaiah

Prólogo

EN EL LUGAR DE CULTO

Cuando yo era niño, mis padres me contaron que durante la bendición sacerdotal que pone fin a los cultos del *sabbat*, teníamos todos que inclinar la cabeza y mantener los ojos bajos hasta que el rabino acabara de pronunciar sus solemnes palabras. Era importantísimo hacerlo, decían, porque en ese momento Dios pasaba sobre nuestras cabezas y nadie que viera a Dios cara a cara podía seguir viviendo.

Yo no dejaba de darle vueltas en la cabeza a esa prohibición. Ver la cara del Señor, pensaba yo, debía de ser la cosa más maravillosa que podía pasarle a un ser humano. Nada de lo que viera o hiciera yo en todos los años por venir no se acercaría ni de lejos a esa visión suprema. Tomé una decisión trascendental: levantaría la vista y contemplaría a Dios por mí mismo. Sería algo fatídico, ya me daba cuenta de ello, pero sin duda el precio no sería demasiado alto. No me atreví a decir a mis padres la resolución que había tomado, pues sabía que se alarmarían e intentarían disuadirme. Tampoco se lo dije a mi hermano mayor, Marty, pues temía que revelara mi secreto. Tendría que actuar yo solo.

Pasaron varios sábados antes de que pudiera hacer acopio de valor. Pero por fin una mañana, mientras estaba de pie con la cabeza gacha, vencí a mi miedo a la muerte. Despacio, muy despacio, mientras el rabino entonaba las antiguas bendiciones, levanté los ojos. El aire por encima de mi cabeza estaba completamente vacío. Y pude comprobar que no era ni mucho menos el único que estaba echando un vistazo al santuario. Muchos de los fieles miraban a su alrededor, con la vista clavada en las ventanas, o incluso haciendo señas a sus amigos e intercambiando saludos en silencio. Me sentí lleno de indignación: «Me han engañado».

Han pasado muchos años desde entonces, y no he vuelto a recuperar la fe ingenua que me llevó a estar dispuesto a sacrificar mi vida en aras de una contemplación de Dios. Pero hay algo que pervive en mí al otro lado de las ilusiones perdidas. Durante toda mi vida me he sentido fascinado por los cuentos que los humanos nos inventamos en nuestro afán de dar sentido a nuestra existencia, y he llegado a comprender que el término «engaño» es una descripción maravillosamente inadecuada de los motivos o del contenido de esos cuentos, incluso de los más fantásticos.

Los humanos no pueden vivir sin cuentos. Nos rodeamos de ellos; nos los inventamos mientras dormimos; se los contamos a nuestros hijos; pagamos para que nos los cuenten. Algunos los creamos de manera profesional. Y unos pocos —entre los que me incluyo— pasamos toda nuestra vida de adultos intentando comprender su belleza, su fuerza y su influencia.

Este libro es la historia de uno de los cuentos más extraordinarios que se han contado nunca. Dios creó a Adán y Eva, al primer hombre y a la primera mujer, y los colocó, desnudos e ignaros de toda vergüenza, en un jardín de las delicias. Les dijo que podían comer los frutos de todos los

árboles, con una sola excepción. No debían comer del árbol de la ciencia del bien y del mal; el día que violaran esa prohibición, morirían. Una serpiente, el más astuto de todos los animales, entabló conversación con la mujer. Le dijo que desobedecer al mandamiento divino no les acarrearía la muerte, sino que les abriría los ojos y los haría ser como dioses, al tener conocimiento del bien y del mal. Eva creyó a la serpiente y comió del fruto prohibido; y se lo ofreció a Adán, que también lo comió. Entonces sus ojos efectivamente se abrieron: dándose cuenta de que estaban desnudos, trenzaron unas hojas de higuera para cubrirse. Dios los llamó y les preguntó qué habían hecho. Cuando la pareja confesó su culpa, el Señor impuso varios castigos: la serpiente tendría en adelante que arrastrarse por el suelo y morder el polvo; la mujer pariría a sus hijos con dolor y desearía al hombre, que la dominaría; y el hombre se vería obligado a ganarse el sustento con el sudor de su frente, hasta que volviera a la tierra, de la que había sido tomado. «Pues polvo eres, y al polvo volverás.» Para impedirles comer de cualquier otro árbol especial —del árbol de la vida— y vivir eternamente, los humanos, por orden de Dios, fueron expulsados del jardín; unos querubines armados que les habrían cortado el paso si hubieran intentado entrar de nuevo en él, fueron enviados allí.

Narrada al comienzo del Génesis, la historia de Adán y Eva ha configurado de manera decisiva durante siglos las concepciones de los orígenes y del destino del hombre. A primera vista era muy improbable que llegara a alcanzar una preeminencia tan grande. Se trata de un cuento capaz de cautivar la imaginación de un niño impresionable, como era yo, pero cualquier adulto, tanto en tiempos pasados como hoy en día, habría visto fácilmente que tiene todos los rasgos de una historia imaginaria de lo más extravagante. Un jardín mágico; un hombre y una mujer desnudos que

son traídos al mundo como ningún otro ser humano ha sido traído al mundo nunca; unos individuos que saben hablar y comportarse sin pasar por la prolongada infancia que constituye la marca de identificación de nuestra especie; una misteriosa advertencia sobre la muerte que ninguna criatura recién creada como ellos habría sido capaz de entender; una serpiente que habla; un árbol que da el conocimiento del bien y del mal; otro árbol que da la vida eterna; unos guardianes sobrenaturales que blanden espadas flamantes. Se trata de una fábula que más fabulosa no puede ser, un relato que se recrea en los placeres de la fantasía.

Y, sin embargo, millones de personas, incluidas algunas de las mentes más lúcidas y brillantes que han existido nunca, han aceptado el relato de Adán y Eva que ofrece la Biblia como una verdad monda y lironda. Y, pese a la enorme cantidad de pruebas acumuladas por la geología, la paleontología, la antropología, y la biología evolutiva, una cantidad incontable de hombres y mujeres de nuestra época continúan viendo en este cuento un relato históricamente fiel de los orígenes del universo y siguen considerándose literalmente descendientes de los primeros humanos que vivieron en el Jardín del Edén. Pocos cuentos en la historia del mundo han tenido una duración tan larga, se han extendido por tantas latitudes, y han sido tan persistentemente, tan machaconamente reales.

Capítulo 1

HUESOS PELADOS

¿Por qué la historia de Adán y Eva, que solo ocupa una página y media más o menos de las 1.078 de la edición moderna de la Biblia del rey Jacobo que tengo encima de mi escritorio,* funciona tan estupendamente y con tanta facilidad? La escuchamos por primera vez cuando tenemos unos cinco o seis años y ya no la olvidamos nunca. La viñeta más tosca y esquemática la evoca sin más, quizá no en todos sus detalles, pero sí en sus rasgos esenciales más básicos. Hay algo en la estructura de esta narración que se le queda pegado a uno; literalmente es casi inolvidable.

Durante los largos siglos transcurridos desde que se contó por primera vez, acumuló un sistema de apoyos enorme: los maestros la repitieron incansablemente; las instituciones premiaron a los crédulos y castigaron a los escépticos; los intelectuales desentrañaron sus matices y ofrecieron interpretaciones contrapuestas de sus enigmas; y los artistas la representaron vívidamente. Pero de alguna forma la narración parece independiente de todas esas complejas elaboraciones, o más bien da la impresión de que todo lo que ha venido detrás de ella se ha basado en una energía original inagotable, como si su núcleo fuera radiactivo.

Adán y Eva personifican la rarísima, perenne fuerza de la narrativa humana.

Por motivos que resultan a un tiempo fascinantes y esquivos, esos pocos versículos de un libro antiguo han servido como espejo en el que nos parece atisbar la larga historia de nuestros temores y deseos en su totalidad. Un espejo a la vez liberador y destructivo, un himno a la responsabilidad del hombre y una fábula oscura acerca de la miseria humana, un canto a la osadía y una incitación a la violencia misógina. La variedad de las respuestas que a lo largo de millares de años ha suscitado en innumerables individuos y comunidades resulta asombrosa.

Los antiguos rabinos se miraban en ese espejo e intentaban comprender las intenciones de Dios: ¿qué tenían los humanos que llevara al Creador del universo a preocuparse por ellos? En definitiva, ¿por qué fueron creados? Escudriñando las palabras del texto sagrado, llegaron a la conclusión de que la obligación original de «labrar la tierra» no se refería a las labores agrícolas; se refería más bien al estudio, y concretamente al estudio de la Torá, al que ellos mismos dedicaban sus días y que consideraban el objetivo más excelso de su vida.[1]

Los cristianos primitivos se fijaron mayoritariamente no ya en los primigenios hábitos de estudio de Adán, sino más bien en la tremenda pérdida del Edén que provocó su desobediencia. La reflexión que suscitó en ellos el meollo de aquel relato fue la idea del pecado y sus consecuencias. Siguieron los pasos de Pablo, que remontaba el hecho angustioso, universal e inevitable de la muerte a los actos de los primeros humanos, atraídos hacia el mal por Satanás. Pero encontraron consuelo en su creencia de que un nuevo Adán —Jesucristo—, a través de sus sufrimientos, de su Pasión y muerte, había reparado el daño causado por el antiguo Adán. Esperaban fervorosamente que el sacrificio su-

blime del Mesías permitiera a los creyentes recuperar la inocencia perdida y volver a entrar en el Paraíso.

Los *mufassirun* islámicos (esto es los exégetas del Corán) hicieron hincapié menos en el pecado de Adán, que en su papel como profeta original de Dios. El Corán, que data del siglo VII e. v.,* se parece a los textos del cristianismo primitivo en su identificación de Satanás (o Iblís) con el ángel soberbio y engañoso que sedujo a los primeros humanos y los incitó a la desobediencia. Los comentaristas posteriores precisaron que la forma que el maléfico tentador adoptó no fue la de la serpiente, sino la de un camello particularmente hermoso: «Tenía una cola multicolor, amarilla, verde, blanca, negra, una melena hecha de perlas, pelo de topacio, ojos como los planetas Venus y Júpiter, y exhalaba un aroma como de almizcle mezclado con ámbar».[2] A consecuencia de su inconstancia, Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso y sus descendientes deben estar siempre atentos: «¡Oh hijos de Adán! ¡Que no os seduzca Satanás como hizo con vuestros (primeros) padres y los llevó a salir del Jardín!». Pero la tradición islámica presentaba la fechoría que provocó aquella expulsión como un error y no como un pecado horrible transmitido a toda la posteridad. Después de su expulsión, Adán asumió el papel de cuidador de la tierra y de maestro religioso. Era un personaje de iluminación profética, el primero del linaje que conducía hasta el supremo Profeta, Mahoma, que guiaría de nuevo a la humanidad hasta la luz de Alá.

Durante toda la Antigüedad Tardía, la Edad Media y el Renacimiento, una amplia gama de especialistas intentó desentrañar las implicaciones del destino de Adán y Eva. Enterrados en el relato, encontraron toda suerte de afanes por sumergirse en un estudio incesante; toda clase de matices del mal que sentían en sus propios corazones; toda clase de impulsos penitenciales de mortificar su carne y aplas-